

Lima, Año VIII No. 84, marzo 2007

Inquilinos de la soledad
Entrevista a Aitana Alberti

Sara Beatriz Guardia

Le hice esta entrevista a Aitana Alberti en Lima, en junio de 1997, y esta es la primera vez que se da a conocer. Desde entonces, Aitana ha publicado los siguientes poemarios: *Pupila al viento* (Madrid, 1998); *Y de nuevo nacer* (La Habana, 1999); *Son del fugado cuerpo* (Holguín, 2002); *Poemas* (Málaga, 2006, segunda edición). Y el libro de cuentos *Inquilinos de la soledad*.

Su padre, el gran poeta español Rafael Alberti, falleció el 28 de octubre de 1999, en El Puerto de Santa María, Cádiz, su ciudad natal, a la edad de 97 años.

Desde su inauguración, en febrero de 2005, Aitana Alberti labora como especialista en el Centro Cultural Dulce María Loynaz, casa en la que vivió la gran poetisa cubana desde 1947 hasta su muerte, acaecida el 27 de abril de 1997, año en que se realizó esta entrevista. Es miembro del Comité Organizador del Festival Internacional de Poesía de La Habana, Presidenta de la Cátedra de Cultura Andaluza Rafael Alberti, de la Universidad de La Habana, y miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

Un texto tuyo, "Poema de la canción del agua", está dedicado a tu padre. ¿En qué medida él influyó en tu producción poética?

Yo empecé a escribir poesía muy jovencita, tendría 12 años o algo así. Escribía mucho, pero me daba vergüenza mostrar mis poemas y los escondía por diferentes lugares en cuadernitos. Mis padres se dieron cuenta, me preguntaron, y yo les dije que no escribía nada, pero los encontraron y los leyeron. Mi padre seleccionó los que más le gustaron, y cuando cumplí 14 años me regalaron un libro que lo publicó la editorial Losada titulado *Poemas de Aitana Alberti*. Fue una sorpresa muy grande y hermosa. Claro, yo había leído poemas de mi padre, pero no tenía ni idea de la dimensión que tenía. No sabía quien era Rafael Alberti como poeta, era mi padre y punto. Un poco más adelante, a los 16 años, empecé a leer a mi padre con ojos de lectora de poesía, y así me di cuenta que era un gigante y me sentí una mínima partícula, y aquello me paralizó desde el punto de vista de la creación poética. Aunque continué escribiendo fue esporádicamente y no para publicar.

¿Y qué hacías con los poemas que escribías?

Yo soy muy severa conmigo misma. La mayor parte de mis poemas los leía varias veces, no me gustaban y los rompía. Hasta hace como año y medio que volví a escribir poesía intensamente. Era como si estuviera en trance, tenía que escribir y escribir. Cuando dejé descansar mis poemas y después de un mes o dos los releí, pude analizarlos con más distanciamiento, no como en aquella época de mi primera

juventud. Ahora tengo más criterio para valorar la calidad de una obra y he tratado de dejar de lado la parte emocional. Sigo considerando a mi padre como un gran poeta, uno de los grandes de la lengua española del siglo XX, y yo sé que no puedo aspirar a ser un poeta como él ni remotamente, pero creo que tengo algo que decir como Aitana Alberti en cuanto a poesía y que eso es válido. Tengo mi propia voz.

¿Tu padre ha leído estos poemas tuyos?

No, si yo nunca los he mostrado; es ahora que empiezo a hacerlo. De pronto sentí que tenía que escribir, como si una voz interior me dijera: este es el momento de escribir, ahora tienes fuerza para decir que lo que haces tiene cierto valor.

La primera persona que me habló de tu poesía fue Arturo Corcuera. Me invitó un domingo a Chaclacayo a su casa para que te conociera, pero no pude ir

Que pena que no pudiste venir porque fue un día muy hermoso del que después escribí un artículo titulado "Lima, la gris", en el ABC de Madrid. Le regalé a Arturo una suite de tres poemas dedicados a mi padre y a Dulce María Loynaz, poetisa cubana que mereció el Premio Cervantes, coetánea de mi padre porque nació el 10 de diciembre de 1902 y mi padre el 16 de diciembre de ese año. Mi padre fue sobre todo amigo de un hermano de ella que tenía una historia muy interesante que conté a los alumnos del taller de poesía que dirige Hildebrando Pérez en San Marcos. Leí sus poemas y como Dulce María murió el 28 de abril los hice poner de pie y guardar un minuto de silencio. Porque realmente Dulce María y mi padre son los dos últimos grandes poetas del siglo XX, no quedan otros. Ella escribió un libro precioso, del cual se conmemora este año el cincuenta aniversario de su publicación, titulado *Juegos del agua y del amor*. "Agua de mar", "Agua de río" y "Agua perdida" son las tres secciones que lo componen. Mi "Poema de la canción del agua" está inspirado en estos versos de Dulce María.

¿Has pensado publicar un libro de poesía?

Quisiera publicar el próximo año un libro cuyo título será *Pupila al viento*, que es el nombre de un poema de mi padre. Es el ojo que ve todo, muy musical, además.

¿María Teresa León también escribía poesía?

No, mi madre nunca escribió poesía. Mi madre era prosista. Escribió novela, cuento, biografías, teatro. Fue guionista de radio, de cine y de televisión. Una conferencista y oradora excepcional, así como una periodista cultural de primera magnitud.

Recuerdo un párrafo de su libro *Sonríe China*: "Yo sé que el sol de China no viaja en torno de la tierra. Sale por arte de su magia personal del horizonte del Este; crece, rojo, con cierta furia, interceptando nubes, celajes que él aparta para mirar si se han despertado los hijos del imperio del cielo"

Que hermoso que lo recuerdes. Ese fue un libro muy bello que escribieron después de un largo viaje a China, en 1956, con prosa de mi madre y poemas e ilustraciones de mi padre.

Debe ser muy difícil pretender escribir viviendo con Rafael Alberti

El campo de mi madre era otro realmente, no era la poesía. No sé lo que hubiera pasado si ella hubiera sido poeta. Ella lo dice en su autobiografía *Memoria de la Melancolía*, un libro extraordinario para mí donde hay una frase famosa que incluso las feministas españolas criticaron entre comillas. Dijo que ella era la cola del cometa, y actuó un poco como si fuera la cola del cometa. Pero ella tenía una obra excepcional paralela a la de mi padre. Ya era una escritora cuando lo conoció a comienzos de los años 30. Lo que no sé, es si mi madre hubiera escrito más sin mi padre. Esa es una incógnita. A veces mi padre me lo decía en Italia porque nos dábamos cuenta que mi madre sufría porque se sentía un poco relegada.

Pero *Memoria de la Melancolía* abarca recuerdos anteriores a la década del sesenta

Sí, lo escribió a finales de los sesenta. Es un libro escrito como flash back, de pronto habla de Roma y de ese tiempo presente y luego vuelve al pasado y los entrelaza un poco.

De la etapa del retorno a España ya no hay nada escrito por ella

No, mi madre ya no podía escribir.

Yo conocí a tus padres en Roma por intermedio de Pedro Ruiz Martínez y Ángela Asencio. Y cuando estuve en Madrid en 1996, Ángela me contó algo de los últimos años de María Teresa León y lo que decía antes de que dejara de hablar

¿Los conociste?...Sí, Pedro y Ángela eran dos personas maravillosas, que adoraban a mi madre. Cuando mis padres llegaron a Madrid yo estaba casada con un español y vivía en Canadá. Entonces tuve que irme, era inevitable, pero eso creó en mí un sentimiento de culpa respecto de mi madre porque tuve que dejarla. Viajé muchas veces a España pero siempre tenía que dejarla, incluso tuve que ir a psicólogo para que me tratara, fue la única vez en mi vida que recurrí a una terapia de apoyo. El psicólogo me convenció de que tenía que seguir mi vida, que mi vida era mía y que tenía que hacerla, porque mi padre era quien debía ocuparse en primera instancia de mi madre, y con gran pesar porque no me convenció del todo tuve que irme. Cuando estaba en Madrid salíamos juntas, íbamos de paseo, siempre le gustó mucho ver monumentos, visitar museos y eso era lo que hacíamos.

¿Quién la cuidaba cuando tú no estabas en Madrid?

La cuidó Aída, una señora chilena, durante tres o cuatro años, pero al final no pudo seguir con ella. Es que estos enfermos son muy absorbentes y te crean un gran estrés. Después no conseguimos a nadie, y como ya mamá estaba bastante mal se decidió su ingreso a una excelente clínica geriátrica cerca de Madrid en Majadahonda, hacia el Escorial, en un sitio muy bonito. En esa época yo estaba mucho con ella, porque daba la casualidad que nosotros teníamos un departamento en Majadahonda muy cerca de la clínica.

Cuando tú dices nosotros ¿te refieres a ti y a tu esposo?

Sí. Nosotros la llevábamos a nuestra casa y ella siempre decía: "Yo he venido aquí muchas veces con Rafael, como me gusta esta casa, mira que bonito tienes todo Aitana". Pero nunca había estado con mi padre en esa casa, y cuando íbamos a un restaurante decía: "Aquí merendé con Rafael", y no era así. No dejaba de hablar de mi padre, era una verdadera obsesión, hablaba de él todo el tiempo durante su enfermedad.

¿Has escrito sobre tu madre?

Sí, desde setiembre de 1993 escribo en el periódico ABC de Madrid, en el Suplemento Literario donde tengo mi columna "La arboleda compartida", parafraseando el título del libro de mi padre *La arboleda perdida*. Empecé a escribir recuerdos de mi vida, evocación del tiempo vivido con mis padres, de toda la gente extraordinaria que conocí y de los viajes que hicimos. En estos artículos he hablado mucho de mi madre, pero como han pasado ya tantos años, actualmente escribo también sobre otros aspectos porque si no sería algo forzado.

¿Cómo fue la relación con tu madre?

Maravillosa. Aunque mi madre fue la autoridad y mi padre el cómplice de esos años.

¿Tuviste una comunicación muy fluida con ella?

Sí. Yo fui bastante rebelde y si había que regañarme o había que decirme algo muy serio era ella quien lo hacía.

¿Y frente a qué te rebelabas?

Me rebelaba contra la autoridad como hacen todos los jóvenes.

De alguna manera contra tú mamá también

Contra los dos. Yo me rebelaba contra la autoridad de donde viniera, me daba lo mismo que viniera de mi padre o de mi madre. Yo trataba de ser independiente.

De ser tú misma

Claro. Lo que pasa es que mi madre era un poco sobre protectora. Eso, quizá, hacía que yo me rebelara aún más.

Además, también eras hija única

Sí, hija única, eso también fue un factor muy importante porque si hubiera tenido hermanos... En realidad tengo hermanos, pero son medio hermanos y son mucho mayores que yo. Son hijos de mi mamá. Mi madre se casó muy joven, al día siguiente de cumplir 17 años, en Barcelona, con un chico de Burgos como dos o tres años mayor que ella. Y, claro, fue un desastre. Ella tuvo dos hijos. Uno de ellos, Gonzalo, vive en la Argentina.

Pero ¿no creció contigo?

No, mi hermano es 19 años mayor que yo y cuando llegó a la Argentina en 1950, yo tenía 9 años y él ya era médico. Así que no había ningún contacto, él era un hombre y yo una niña. Pero mi madre no crió a esos niños, ni a Gonzalo ni a mi hermano Enrique, que murió hace algunos años. No los pudo criar porque se los quitaron cuando ella decidió separarse de su esposo. No te olvides que era la España de los años veinte, que no había divorcio, y que la separación era un escándalo. La abuela paterna de estos niños fue quien los crió.

Para María Teresa ha debido ser un sufrimiento muy grande

Un trauma para toda la vida, un sufrimiento inenarrable. Pero no pudo hacer nada, incluso fue a pedir ayuda al Obispo de Burgos para que intercediera por ella, porque su marido provenía de una familia muy importante de la ciudad; el padre era dueño del periódico principal, gente de dinero y muy connotada. No pudo hacer nada. Quien la quería mucho era su suegro, pero su suegra la detestaba.

O sea, que no tuviste ninguna relación con tus hermanos

Yo conocí a mi hermano Gonzalo a los nueve años y a Enrique cuando fuimos a París a finales del cincuenta que tendría unos 14 años.

¿Quiere decir que María Teresa sólo pudo ver a sus hijos cuando eran adultos?

Si, ella no vio a Gonzalo hasta que vino a la Argentina y a Enrique en Francia.

Cuando conocí a tu madre me habían dicho que era muy fuerte y seguramente que lo era, pero a mí me dio la impresión de una mujer frágil, no sé por qué.

Mi madre era una mujer muy inteligente, lúcida, con ideas políticas firmes y de convicciones sólidas. Es muy interesante lo que me dices sobre la impresión de fragilidad que te produjo, era así, una extraña mezcla de fortaleza y fragilidad. Así que creo que de verdad la viste. Era al mismo tiempo una mujer muy austera, muy sufrida, que no exteriorizaba sus sentimientos más íntimos con facilidad. A veces me decía: "No confíes en los hombres, todos te traicionan". Yo me quedaba helada porque era muy jovencita y vivía el momento de la gran ilusión del amor, del entusiasmo de la adolescencia por el amor. De pronto me soltaba una frase así: "Los hombres te traicionan", "Los hombres te hacen sufrir". Quizá porque había tenido una relación muy traumática con su primer marido que hasta llegó a maltratarla, a pegarle.

¿Cuántos años vivió con su primer esposo?

No mucho, desde 1920 hasta 1926. Además, en dos etapas porque mi madre dejó a su esposo cuando ya mi hermano mayor había nacido, pero estando en Madrid el niño se enfermó de meningitis y volvió a Burgos para atenderlo. Estuvo con él durante

toda su enfermedad y allí la convencieron de que se quedara y nació mi segundo hermano.

¿Y conociste a tu abuela materna?

Sí, claro, mi abuela materna vino a la Argentina. Doña María Oliva Goyri era todo un personaje. Yo la adoraba, era muy linda, con su cabello blanco y los ojos tan azules, le gustaba cantar y tocaba el piano. Era muy inteligente y muy religiosa, pero no era gazmoña, no era de una religiosidad tonta, era de verdad. Yo no fui educada religiosamente para nada y ni fui bautizada porque mis padres tenían que ser consecuentes con sus ideas políticas. Pero mi abuela, eso dicen mis primos, decía que ella me había bautizado, yo no recuerdo esto, quizá lo hizo como jugando, no sé.

¿Cuántos hijos tuvo tu abuela?

Tres, uno que murió de muy niño, mi madre y mi tío Ángel que siempre vivió en Burgos y al que vi una sola vez en Roma cuando vinieron él y su mujer a visitar a mi madre. Nada que ver con mi madre, era militar, general en la época de Franco. Dicen que en medio de la guerra andaba buscando a mi madre para ayudarla en caso de que cayera prisionera. Pero no he tenido ni la menor relación con ellos. En cambio la familia de mi padre es enorme, tengo cantidades de primos.

¿Cómo fue el regreso de Rafael Alberti a Madrid?

Apoteósico. Yo vivía en ese momento en España y viajé especialmente a Roma para regresar con él al suelo natal porque era como un símbolo la vuelta después de 38 años de exilio. Incluso fueron algunos amigos también. Aquello fue fantástico en el aeropuerto, exactamente el 27 de abril de 1977, había un gentío enorme, con pancartas, cantando. A mí me pasó una anécdota curiosísima, en medio de aquella gran confusión me robaron, me abrieron la cartera y se llevaron el dinero y todos mis documentos, menos el pasaporte que lo tenía en otro lado. Me robaron todo lo que llevaba en medio de la gran alegría, incluso un sobre con dinero de mi padre, fíjate que cosa más loca.

¿Tu mamá pudo percibir de alguna manera ese recibimiento?

Sí, ella lo percibió, pero los primeros días no sabía dónde estaba. De pronto creía que seguía en Roma.

¿Es cierto que se les dieron dos departamentos separados?

Sí, es cierto.

¿Por qué? ¿Por qué Rafael sufría mucho al ver así a tu madre?

Le daba pena, pero ya en esos momentos mi padre estaba realmente separado de mi madre, en el sentido afectivo. Ese fue el momento de la ruptura en el sentido de la convivencia. Ya mi padre nunca convivió con mi madre a partir de la llegada a España. Los primeros días estuvieron en un aparthotel en la calle Príncipe Pío, mi

padre tenía un pequeño departamento y mi mamá estaba en otro conmigo. Bueno, eso era comprensible porque eran lugares pequeños y había mucha gente que quería ver a mi padre. Era necesario que estuvieran en dos departamentos distintos. Pero después era absurdo que mi madre viviera en un hotel y se alquilo un departamento cerca de Príncipe Pío en lo que se llama la Cuesta de San Vicente que es la calle que baja a la Estación del Norte al costado del Palacio Real. Allí la cuidó la señora chilena que buscamos con mi marido.

¿Y cuándo se produjo la separación emocional entre tus padres?

Bueno...Ya unos años antes, a comienzos de los setenta, hacia el 72 o 73, no te puedo decir la fecha exacta.

Ha debido ser para María Teresa un golpe tremendo

Para mi madre fue un golpe devastador. Mira de esto yo nunca he hablado... pero ella sufrió mucho porque aunque estaba ya enferma todavía no estaba tan enferma como para no darse cuenta. Incluso un médico amigo llegó a decir que mi madre había elaborado una estrategia para no darse cuenta, pero eso no es cierto porque ella estaba enferma de algo orgánico –que más tarde se diagnosticó como Alzheimer– aunque quizá pudo ser verdad en un comienzo. Yo creo que en un comienzo ella... sí... quizá trató... pero ya no tenía fuerzas para enfrentarse a que mi padre tuviese otro amor que era una mujer catalana, que se llamaba Beatriz Amposta, eso no era ningún secreto, lo sabía todo el mundo. Mi madre me hacía comentarios de pronto... bueno yo no sabía que hacer porque estaba entre dos fuegos, una situación muy difícil para mí. Yo no vivía en Italia aunque cada cuatro meses viajaba a Roma y pasaba allí 15 días o un mes con mi madre. Entonces seguí toda esta evolución con bastante cercanía... y la veía muy mal e incluso llegué a hablar con un psiquiatra español muy famoso cuando coincidimos todos en Milán. Él habló con mi padre respecto de mi madre porque aquella era una situación dramática...

¿Qué haces actualmente en Cuba?

Aparte de escribir en el ABC yo colaboro en el Centro Cultural de España de La Habana realizando actividades culturales de muy variado tipo.

¿Te casaste en Cuba?

Sí, me divorcié del padre de mis hijas y me casé con un cubano hace tiempo. Tengo dos hijas una de 15 años y otra de 18, Altea y María. Altea es un pueblo de pescadores precioso que hay al sur de España en Alicante y es un personaje de una obra de teatro de mi padre que se titula *El adefesio*.

¿Te acostumbras en Cuba?

Llevo 13 años en Cuba y fuera de la Argentina es el lugar donde más tiempo he vivido. He vivido en Roma, Canadá y España. La Habana me encanta. Yo creo que es mi puerto definitivo.

La Habana también ha debido significar para ti la posibilidad de estar lejos de España, de tu padre y de todo lo que fue el pasado

Fíjate que cosa más curiosa que esto yo no se lo he dicho a nadie... Soy yo solamente desde hace dos años. Parece mentira con la edad que tengo, pero eso pasa en la vida de la gente. Por ciertas circunstancias de mi vida, no solamente las familiares que han quedado atrás hace tiempo, sino por mis relaciones personales y de pareja, a veces uno se limita mucho porque piensa que no le va a gustar al otro algo que queremos. Es curioso porque no puedo decir que haya tenido parejas machistas, declaradamente machistas, pero de alguna manera me he limitado o me he autolimitado.

¿Cómo fue la relación con tu padre?

Siempre fuimos cómplices, en mi infancia y en mi juventud. Nos llevábamos muy bien, éramos muy amigos, realmente nunca tuvimos problemas. La autoridad era mi madre, si había que regañarme me regañaba ella, a mi padre le molestaba mucho decirme algo fuerte.

Con un padre como el que tienes es probable que también al enamorarte hayas necesitado un hombre importante para ti, alguien a quien admirar.

Sí, creo que fue así. La relación con mi padre fue muy linda, muy hermosa en mi infancia y juventud. Pero como no conviví con él largos períodos de mi vida cambió, aunque siempre hubo una gran identidad de fondo, una complicidad.

¿Y ahora lo ves con frecuencia?

Como vivo en La Habana no puedo viajar a España como quisiera porque desgraciadamente el pasaje es muy caro. La última vez que lo vi fue en enero del año pasado que estuvo enfermo pero salió del hospital a la semana; en cambio ahora que también ha estado enfermo estuve a punto de ir, pero me dijeron que esperara y al final no fui. Tenía contacto telefónico diario sobre todo con Marcos Ana que me llamaba prácticamente todos los días para decirme como estaba mi papa.

¿Y cómo está Marco Ana?

Yo lo veo fantástico, parece un muchacho porque no aparenta la edad que tiene, con tantos años que estuvo en la cárcel podría estar destruido, pero no, además, que es un hombre apuesto. Yo lo quiero mucho a Marcos Ana.

Recuerdo un párrafo muy hermoso de una carta que me envió Marcos Ana donde dice: "Hoy está lloviendo y es muy agradable oír sobre los cristales de las ventanas el concierto que producen los infinitos dedos de la lluvia".

Qué cosa más poética, que hermosa.

¿Y ahora Rafael Alberti está bien de salud?

Sí, está bien

¿Estas consciente que algo le puede ocurrir en cualquier momento?

El ahora cumple 95 años en diciembre y ha dicho siempre que va llegar a los 125 años. Yo pienso que al paso que va puede que lo cumpla. La vez pasada tuvo un problema bronquial, pero se recuperó en poco tiempo y extraordinariamente bien, los médicos decían que ni a una persona más joven la hubieran dejado salir del hospital tan pronto.

¿Y de qué te habla tu padre cuando estás con él?

Mi padre habla muy poco, por lo menos en este último viaje, claro también estaba mal. Siempre ha tenido un buen sentido del humor y no pierde oportunidad para decir algo con picardía, con humor. Yo sí le conté cosas mías, le conté que había recuperado a mis amigos de la juventud e incluso de la adolescencia que no veía desde 1973, y que ahora voy a ver cuando viaje a Buenos Aires con esta misma exposición que se inaugura el 7 de agosto.

¿Y cómo recuperaste a tus amigos?

A raíz de los artículos míos que salieron en el ABC y que llegaron a la Argentina, aparte de las copias que yo mandé a amigos, se ha producido un encuentro con todos ellos. Gente genial como Violeta Bustamante que me escribe cartas de más de veinte páginas fechadas en Buenos Aires, Argentina, planeta tierra, o mi amiga de la primera infancia, Annette Ugalde. Me escriben continuamente, me llaman por teléfono, Daniela Di Segni, por ejemplo, ha venido a verme a Cuba y fue muy emocionante. Ahora todo el mundo me está esperando, me dice Violeta que vendrán al aeropuerto con la sinfónica nacional del Teatro Colón. Va a ser una experiencia impresionante el regreso, porque la etapa más importante de mi vida la he vivido en Buenos Aires, la etapa de mi formación, el colegio, la universidad. No me puedo imaginar como va a ser eso, incluso hasta me da un poco de miedo. La exposición se queda un mes y luego pasará a Montevideo. Yo regresaré a Cuba y después iré a Montevideo y quizá después viaje a Quito.

Está precioso tu año...

Que maravilla de año ¿no? Y el próximo año probablemente se expondrá en los centros culturales del Caribe. Le tengo un agradecimiento muy grande a Virginia Careaga, Directora del Centro Cultural de España en Lima, porque realmente ella ha sido la promotora de la itinerancia de la exposición. Yo tengo la exposición en Cuba porque todos los cuadros son de mi propiedad, es todo lo que mi padre me ha regalado a lo largo de su vida. Sus cuadros se exhibieron aunque con menos obras cuando él vino a Cuba en 1991. Lo recibieron con todos los honores, lo nombraron Doctor Honoris Causa de la Universidad y le dieron la condecoración más alta que se entrega en Cuba a los jefes de Estado, que es la Orden José Martí. Como esta exposición estaba guardada en el Museo Nacional porque no la puedo tener en casa, se decidió realizar una exposición en el Museo de Bellas Artes a propósito de la visita de mi padre y esa fue la primera vez que se expuso. Mi papá se fue y todo se volvió a guardar en los almacenes del Museo hasta que apareció Ión de la Riva, hermano de Virginia, que es el agregado cultural de la Embajada de España en Cuba y es cuando hicimos una Gala Homenaje de América a Rafael Alberti, en la cual yo hice la

dramaturgia y fue dirigida por un gran director de teatro. Después fue que Virginia trajo la exposición a Lima.

Retratos de familia

Aitana Alberti

A Ilya y Luba Ehrenburg Disidentes del invierno
hablan un idioma ajeno
al ámbar preso en la parábola terrestre

El bosque ha segado la nieve
Nada queda en la memoria del abedul
ni el blanco exánime
con que fatiga al viento su ropaje

Seres invertebrados como gemas
avanzan hacia la desposada
se ordenan en el cuello feliz
que gentilmente brinda la última mansedumbre

He aquí el galope de la fiesta
burilado sobre los medios tonos
La danza abarca lejanos caramillos
rueda hasta la linde del paisaje
El balido del río aún no anuncia tañidos funerales

El óvalo limita la impaciencia en agraz
Él y ella quisieran huir hacia los cielos últimos
donde el amor ofrece ámbitos navegables
rutas donde la dicha rasga el confín del miedo
y se yerguen los cuerpos limpios desamarrados

Cuánto tiempo se ha ido muriendo desde entonces?
Cuánta utopía ha ardido en los campos mejores?
Mis ojos abandonan el clamor del festejo
atrapado entre libros y objetos
que recuerdan la invitación al viaje

El mustio sol de enero tiñe los ventanales
no hay piedad en la nieve
ni candor en las ramas deshojadas de pájaros
Mucha muerte cobijan las raíces dormidas

Quince años tenía mi mirada esa tarde
y los vi emocionada como los veo ahora

en la tarde del trópico
desde la altura exacta del amor intocado

María Teresa y Luba con Ilya y Rafael
los cuatro conversando
después de tantas y tan terribles cosas
mientras afuera el sol iba aboliendo el tiempo
y fijaba esta imagen en mi ser para siempre